

EDITORIAL

¡No era penal!

POR ANDRÉS TAPIA

QUIEN ESTÁ ACOSTUMBRADO A GANAR DEBE, EN TEORÍA, SABER PERDER. Y saber perder no es otra cosa más que retirarse elegantemente del campo de juego cuando el árbitro hace sonar su silbato. Lo otro, las bravuconadas, los alegatos, el invadir la cancha e ir a reclamar al oficial cuando el partido ha terminado, no sólo no sirve de nada sino evidencia a quien lo hace como un mal perdedor.

Hace unas semanas, no suficientes como para olvidarlo, contemplamos a Miguel Herrera, desencajado —lo cual ciertamente no es extraño en él—, reclamando a Pedro Proença, el colegiado portugués, que hubiese acreditado como penal la dramática y dramatizada caída de Arjen Robben en el área grande de la Selección Mexicana de Fútbol.

Lo que vino después, ya fuera del campo de juego, fue el reclamo colectivo de una nación que se rasgó las vestiduras al amparo de un mantra de tan sólo tres palabras, acaso las mismas con las que Miguel I Herrera increpó a Pedro Proença: “¡No era penal!”.

Podríamos discutir a partir de hoy y hasta el día del juicio si fue o no penal, pero acaso, con un poco honestidad y sensatez, tendría que quedarnos claro que la derrota de la Selección Mexicana no se concretó a partir de ese penal, sino a partir del gol con que Wesley Sneijder empató el partido. De eso y de la falta de autocrítica que tuvo lugar cuando el juego finalizó.

Lo demás, ya se ha dicho, son bravuconadas, alegatos... no saber perder.

Hay quien dirá que no se nos puede culpar por ello, que los mexicanos somos hijos de una derrota —la conquista española—, que una guerra acacida en el siglo XIX culminó con la pérdida de cerca de la mitad del territorio que poseía México en aquel tiempo, y que hoy, todavía, en lo importante y en lo insignificante, seguimos padeciendo derrotas, sean éstas justas o no.

Es posible, tiene sentido, pero clamar a los cielos, a Dios, al árbitro y a la historia por justicia, está visto que no resuelve nada.

El día que escribo esto, **América Móvil**, el buque insignia del emporio de Carlos Slim, anunció que vendería más del 20% de sus activos con tal de dejar de ser un “agente económico preponderante”, un eufemismo egregio y maniqueo para la palabra monopolio.

En tanto la reforma en materia de telecomunicaciones impulsada por el presidente Enrique Peña Nieto fue aprobada y fija límites a

las empresas de telecomunicaciones para que no detenten el control de más del 50% del mercado, la compañía propiedad de Slim —que posee en México más del 80% de la **telefonía móvil** y un 70% de la **telefonía fija**— cayó en un evidente y grosero “fuera de lugar”.

Poseedor un año sí y el otro no de la fortuna más grande del planeta Tierra, Slim no se amparó en ese hecho para gritar, vociferar, reclamar: ¡No era penal!

En lo que supone una suerte de capitulación que en términos económicos podría alcanzar una cifra cercana a los 15,000 millones de dólares, Carlos Slim llamó a sus tropas a retirada y abandonó el campo de batalla.

Y lo hizo con la elegancia, el pundonor, la dignidad de aquel que sabe que ha perdido.

Que sabe perder.

No bien Miroslav Klose anotó el segundo gol con el que inició la debacle de Brasil en Belo Horizonte, en los portales de noticias de los principales diarios mexicanos ya se hablaba de la venta de los activos de **América**

Móvil. Eran las 15:23 en México, no mucho después de que hubiese cerrado

Continúa en siguiente hoja



Fecha 22.07.2014	Sección Revista	Página 16
----------------------------	---------------------------	---------------------

la Bolsa de Valores, y cuando aún se debatía en la Cámara de Diputados la aprobación de la Reforma en materia de Telecomunicaciones.

Pero para entonces Carlos Slim sabía que el juego estaba perdido.

Ordenó, entonces, emitir el siguiente mensaje:

“El consejo de administración de **América Móvil** ha decidido la desincorporación y venta de ciertos activos en favor de algún nuevo operador independiente de **América Móvil**, fuerte, con experiencia en el sector de las telecomunicaciones y con alta capacidad económica y técnica, que sea una verdadera opción para participar en este sector intensivo en capital, para superar el obstáculo de la insuficiente inversión de nuestros competidores en México”.

Acostumbrado a ganar (su retirada es estratégica: dejar de ser agente preponderante le permitirá competir en el mercado de la televisión abierta y de paga), a ser el número uno de México y del mundo —contigo, conmigo, sin mí, sin ti y a pesar de mí y de ti—, Carlos Slim abandonó “derrotado” el campo de juego sin dirigirse al árbitro, sin mirarlo siquiera. Sin decirle lastimosa y proverbialmente: “;No era penal!” F

Twitter: @Andres_M_Tapia